

Glauco en su presencia. Después le preguntó qué otras noticias tenía, qué había hecho, sin comparecer, en tantos días y si había descubierto algo más. Pero Quilón no tenía mucho que contar. Había estado en otras dos casas de oración, había observado atentamente á todas las personas, especialmente á las mujeres, sin ver á ninguna que se pareciese á Licia. Los cristianos le consideraban como un secuaz de su secta, y desde la liberación del hijo de Euricio le apreciaban como un verdadero devoto de Cristo. De ellos aprendió que uno de sus principales legisladores, llamado Pablo de Tarso, á causa de una acusación formulada contra él por los hebreos, se hallaba prisionero en Roma, y Quilón decidió trabar con él conocimiento.

Por otra parte, le animaba en gran manera la noticia de que el sacerdote supremo de la secta, un discípulo de Cristo á quien el mismo Cristo había confiado el imperio de toda la cristiandad, había de llegar á Roma cuanto antes. Todos los cristianos deseaban verle y oír sus doctrinas. Debían celebrarse reuniones importantes, á las cuales asistiría el apóstol, y como en aquella ocasión sería fácil confundirse entre la muchedumbre, propuso á Vinicio que le acompañase. Entonces sería hallada seguramente. Y una vez desaparecido Glauco, la empresa no presentaría graves peligros. Los cristianos podrían vengarse; pero, en el fondo, eran todos personas pacíficas y tranquilas.

Después Quilón refirió, con cierta admiración, que él nunca había visto á los cristianos entregarse á la orgía, ni envenenar fuentes, ni sabía que fuesen enemigos del género humano, que adorasen un asno y que comiesen carne de niño. ¡Nada de eso!

No desesperaba de encontrar entre ellos un individuo que por dinero aceptase la misión de librarle de Glauco; pero le constaba que su religión no les excitaba á cometer delitos, antes bien les invitaba á perdonar las ofensas.

Vinicio recordó las palabras que le dijo Pomponia en el palacio de César y escuchó atentamente las declaraciones de Quilón. Aunque el sentimiento que le inspiraba Licia parecía, en ocasiones, dominado por el odio, le agradaba oír que su religión y la de Pomponia no tenía en sí nada de repugnante. Al mismo tiempo despertó en su alma la sospecha de que la adoración por Cristo, por aquel Ser desconocido y misterioso, podía ser la causa del abismo que le separaba de Licia, y esta sospecha le impulsó á temer y odiar aquella religión.

XVII

Glauco, aunque envejecido, era un hombre todavía robusto, y se comprendía que á Quilón le conviniese quitárselo de en medio.

El griego había conocido en otro tiempo á Glauco y le había hecho traición, arruinándole y entregándole á los ladrones y asesinos. Pero tales recuerdos le producían pocos remordimientos, habiéndole dejado agonizante, no en una hostería, como dijo, sino en medio de un campo, cerca de Minturno. No había previsto, sin embargo, que Glauco pudiese sanar y volver á Roma. Cuando advirtió su presencia en la casa de oración, quedó tan aterrizado, que su primer pensamiento fué abandonar los trabajos comenzados para buscar á Licia. Por otra parte, el miedo que le infundía Vinicio era más fuerte que aquel terror. Las circunstancias le habían colocado en la disyuntiva de evitar la venganza de Glauco ó la de Vinicio; á éste se uniría un auxiliar muy poderoso, Petronio.

Esto le decidió. Juzgó preferible tener enemigos pequeños á tenerlos grandes, y aunque su naturaleza bellaca se asustara del derramamiento de sangre, comprendió que era indispensable matar á Glauco por mano ajena.

Ahora se trataba de escoger con acierto al homicida. Sus nocturnas excursiones por las hosterías le ofrecieron más de una ocasión para conocer muchos seres vagabundos, que, teniendo algo que ganar, estarían dispuestos á todo, pero que, después de recibido un anticipo, reclamarían, con la amenaza de denunciarle á la autoridad, el resto de la suma. Le repugnaban, hacía ya tiempo, aquellas figuras sucias y contrahechas que vagaban ante las sospechosas moradas de la Suburra y en el Trastevere. Juzgando por él, y sin pleno conocimiento de los cristianos y de su doctrina, creía encontrar en medio de ellos dóciles instrumentos de su voluntad. Decidió dirigirse á algunos y exponerles su propósito de manera que se vieran obligados á condescender, no tanto por interés como por amor á la religión.

Así, pues, al anochecer, fué á encontrar á Euricio, de cuya gratitud estaba seguro. Quilón, prudente como era, se guardó de manifestar sus verdaderas intenciones, que no se compadecían con la fe piadosa y severa del viejo. En todo caso, quería dar con personas á quienes poder explicar el asunto en forma que les moviera á callarlo todo por propia conveniencia.

Euricio, después de rescatar á su hijo, había adquirido una de aquellas tiendas, tan numerosas en los alrededores del Circo Máximo, donde vendía á buen precio aceitunas, habas, agua enmelada á los concurrentes al Circo. Quilón le encontró mientras estaba cerrando el negocio; le saludó en el nombre de Cristo, y á vuelta de mil reflexiones y rodeos, le expuso vagamente el objeto de su visita. Recordando el favor que le había prestado, contaba con su agradecimiento. Necesitaba dos ó tres hombres robustos para conjurar un peligro que amenazaba, no sólo á su persona, sino á todos los cristianos. Verdad que él era pobre desde que le había regalado

todas sus economías, pero siempre había de encontrar el modo de recompensar á aquellos hombres, mientras siguiesen acertada y fielmente las órdenes que les comunicase.

El viejo y Cuarto, su hijo, le escuchaban casi con veneración. Suponiendo que hombre tan santo no podía exigir nada que atentase contra las doctrinas de Cristo, ambos se pusieron ciegamente á su disposición.

Quilón, levantando los brazos, permaneció algunos momentos como absorto en oración; en realidad, reflexionaba si le convenía aceptar el ofrecimiento, lo que le permitiría ahorrar mil sextercios; pero no tardó en rechazar tal pensamiento. Euricio había envejecido por los sufrimientos más que por la edad y se había debilitado extraordinariamente. Cuarto no contaba más que diez y seis años. Quilón necesitaba hombres robustos y decididos. En cuanto á los mil sextercios, esperaba de todos modos ahorrar una buena parte. Aquéllos insistieron en su oferta, no cediendo más que ante las reiteradas negativas de Quilón.

— Conozco al panadero Demade, dijo Cuarto, que tiene ocupados en su molino á muchos esclavos y operarios. Uno de éstos es tan fuerte como puedan serlo cuatro hombres juntos. Yo mismo le vi levantar una piedra que cuatro no habían podido mover antes.

— Si es un individuo temeroso de Dios y dispuesto á sacrificarse por el bien de nuestros hermanos, házmelo conocer.

— Es un cristiano, señor, como casi todos los operarios de Demade, dijo el muchacho. Demade tiene trabajadores día y noche, y ese hombre está destinado al trabajo nocturno. Si vamos en seguida al molino, les encontraremos á todos comiendo y podrás hablar con él tranquilamente. Demade vive cerca del Emporio.

Quilón aceptó. El Emporio se hallaba al pie del Aventino, no lejos del Circo Máximo. Para acortar el camino, en vez de rodear la colina, podía seguirse el curso del río, á través del pórtico Emilio.

— Soy viejo, dijo Quilón, y alguna vez me falta la memoria. Sé que Nuestro Señor fué vendido por uno de sus apóstoles, pero no recuerdo, en este momento, el nombre del traidor...

— Judas, señor, que luego se ahorcó, respondió Cuarto, algo sorprendido de que semejante nombre pudiese olvidarse.

— ¡Ah, sí! Judas... ¡Judas!

Prosiguieron silenciosos hasta llegar al Emporio, que se hallaba cerrado; pasaron por delante, dando vuelta por el *Depósito*, donde se entregaba el grano al pueblo; de allí, doblando á la izquierda, se encaminaron por la vía Ostiense hacia el *Testáceo* y el *Foro Pistorio*. Allí se pararon frente á algunos edificios de madera, en los cuales grandes máquinas producían estrépito ensordecedor. Entró Cuarto; Quilón esperó fuera, deseando no ser visto por muchas personas y viviendo en continuo temor de encontrar á Glauco.

«Estoy ansioso por conocer al Hércules que trabaja en ese molino, pensaba Quilón, contemplando la pálida faz de la luna. Si es un bribón, me costará algún dinero; si, por el contrario, es un cristiano sencillo y piadoso, satisfará mis deseos, quizá sin retribución alguna.»

Sus reflexiones fueron interrumpidas por Cuarto, que avanzaba con otra persona, la cual vestía una modesta túnica, llamada *exomide*, que dejaba al descubierto el brazo derecho y la mitad del pecho. Tal indumentaria dejaba al cuerpo en libertad de movimientos, razón por la cual la usaban todos los operarios. Quilón respiró con alegría al ver á aquel individuo; nunca se había presentado á su vista figura tan hercúlea como aquella.

— Este es el hermano que deseabas conocer, dijo Cuarto.

— ¡La paz de Cristo sea contigo!, exclamó Quilón. Dile tú, Cuarto, á este hermano si yo merezco ó no merezco crédito, y luego, en nombre de Dios, vete á casa; no es necesario que dejes solo á tu padre por más tiempo.

— Este es un santo varón, dijo Cuarto, que sacrificó toda su fortuna por rescármeme, no conociéndome apenas. ¡Nuestro Señor y Redentor se lo pague!

Oídas estas palabras, el gigantesco operario cogió la mano de Quilón y la besó devotamente.

— ¿Cómo te llamas, hermano?, preguntó el griego.

— En la sagrada fuente se me impuso el nombre de Urbano.

— Urbano, hermano mío, ¿tienes tiempo para hablar conmigo tranquilamente?

— Nuestra labor no empieza hasta media noche; ahora nos están preparando la cena.

— En este caso, tenemos tiempo. Vamos hacia el río.

Llegaron á la ribera y se sentaron. No interrumpían el silencio de aquella hora solemne más que el sordo ruido del molino lejano y el monótono murmullo del río. Quilón examinó el rostro de Urbano, que le pareció bueno y leal, á pesar de cierta expresión de austeridad y tristeza, que era la característica de todos los bárbaros residentes en Roma.

«Es un individuo sencillo y bueno, que me librará de Glauco sin retribución de ningún género,» pensó Quilón.

— Urbano, le preguntó, ¿amas al Salvador?

— ¡Con toda mi alma!, fué la respuesta.

— ¿Y á tus hermanos, á tus hermanas, á todos los que te instruyeron en la nueva doctrina?

— ¡También los amo á todos!

— ¡La paz sea contigo!

Y reinó otra vez el más profundo silencio. En lontananza resonaba el estrépito del molino; á sus pies murmuraba el río.

Los ojos de Quilón se fijaron en la blanca luna, mientras con voz apasionada hablaba de la muerte del Redentor. Parecía que no conversaba con Urbano, sino que asistía al imponente espectáculo de aquella muerte desgarradora, ó que quería comunicar el secreto á la ciudad dormida.

El efecto era sublime y conmovedor; el extranjero lloraba. Cuando Quilón lamentó, suspirando, que en el Calvario no hubiese habido un hombre capaz de defender al Salvador, si no contra la crucifixión, por lo menos contra las injurias de los hebreos y de los soldados, Urbano apretó los puños, estremecido de piedad y de ira. La muerte de Cristo le conmovía; pero el recuerdo de aquellos malvados que escarnecían al Redentor irritaba su alma ingenua y le inspiraba deseos de venganza.

— Urbano, ¿sabes quién era Judas?, preguntó de pronto Quilón.

— ¡Lo sé! Pero él mismo se aplicó el merecido castigo, respondió el operario, como sintiendo que Judas, en vez de ahorcarse, no hubiese caído en sus manos.

— ¿Si no se hubiese matado y un cristiano lo encontrase, no sería deber de éste vengar en él los tormentos, la sangre, la muerte del Salvador?

— ¡Sin duda! ¡Deber sagrado!

— ¡La paz sea contigo, siervo fiel del Divino Cordero! Verdad es que nosotros debemos perdonar el daño que se nos haga; pero ¿quién puede perdonar el mal que se ha hecho á Dios? Como de una serpiente no puede nacer más que otra serpiente, como el pecado engendra el pecado y la traición produce la traición,

así del seno venenoso de Judas ha salido un nuevo Judas; como aquél entregó al Salvador á los hebreos y á los soldados romanos, el que está entre nosotros quiere entregar á los lobos á la grey cristiana. Si nadie impide la traición, si nadie aplasta la cabeza de la víbora, quedaremos todos arruinados y con nosotros aniquilada la gloria del Santo Cordero.

Con mudo terror fijaba el operario su mirada en el rostro de Quilón. Pero el griego, cubriéndose la cabeza con el manto, dijo con voz cavernosa, que parecía salir de las entrañas de la tierra:

— ¡Ay de vosotros, siervos del verdadero Dios! ¡Ay de vosotros, cristianos!

Y otra vez, en medio del silencio nocturno, no resonó más que el ruido de las máquinas, el canto acompasado de los molineros y el murmullo del río.

— ¡Padre!, exclamó, por fin, el extranjero. ¿Quién es ese traidor?

Quilón bajó la cabeza.

— ¿Quién es el traidor? Un hijo de Judas, un vástago de su semilla venenosa, un hombre que finge ser cristiano y toma parte en nuestras reuniones, para denunciar después á César nuestra confraternidad, diciéndole que no le reconocemos como un Dios, que envenenamos los manantiales, que matamos á los niños é intentamos destruir Roma, para que no quede piedra sobre piedra. ¡Escucha! Dentro de pocos días los pretorianos recibirán la orden de reducir á prisión á los viejos y á los niños, para condenarlos á muerte, como ha sucedido con los esclavos de Pedanio Segundo. De todos estos horrores es culpable aquel Judas, y nadie supo vengar al Señor y protegerle en la hora suprema. ¿Quién castigará á éste? ¿Quién aplastará á la víbora, antes que César oiga las denuncias? ¿Quién salvará de la muerte á nuestros hermanos?

Urbano, que estaba sentado sobre una roca, se levantó, como movido por un resorte, y exclamó:

— ¡Yo, padre!

Quilón se levantó también; sus ojos se fijaron con mirada escrutadora en el rostro del gigante, iluminado en aquel momento por la luna, y le dijo, poniéndole una mano sobre la cabeza:

— Ve con los cristianos; ve á las casas de oración; pregunta á los hermanos quién es Glauco, y cuando te lo hayan indicado, mávalo inmediatamente en nombre de Cristo.

— ¡Glauco!, repitió el operario en voz baja, para retener el nombre en la memoria.

— ¿Le conoces?

— No. Hay en Roma millares de cristianos que no se conocen unos á otros. Pero mañana se reunirán en gran número en el Ostriano, porque ha llegado un gran apóstol de Cristo, que explicará su doctrina. Los hermanos me mostrarán á Glauco.

— ¿En el Ostriano?, preguntó Quilón. ¿Fuera de las puertas de Roma?... ¿De noche? ¿Los hermanos y las hermanas? ¿Fuera de la ciudad? ¿En el Ostriano?

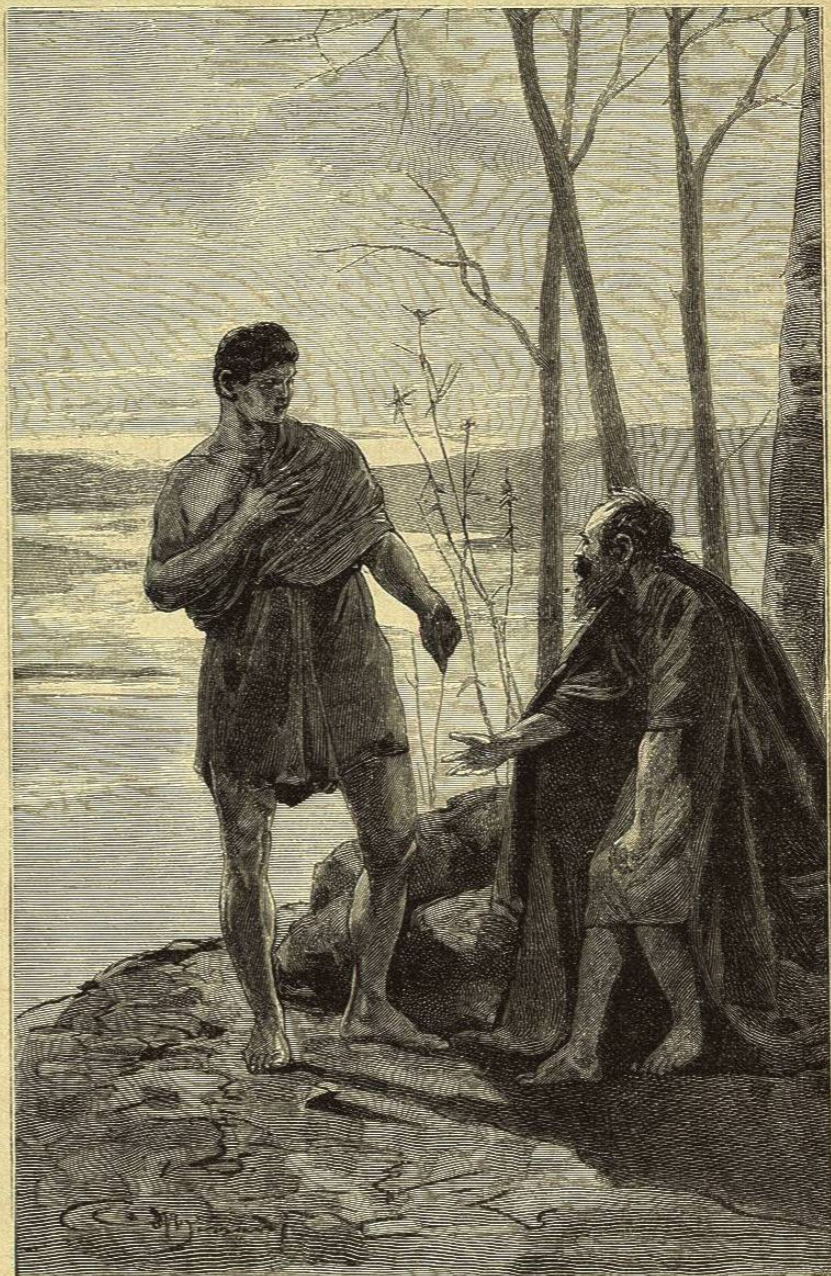
— Sí, padre. Allí está nuestro cementerio, entre la vía Salaria y la vía Nomentana. ¿No sabías que allí ha de predicar el gran apóstol?

— Estuve ausente dos días y no tuve noticias de su carta. Ni siquiera sé dónde está el Ostriano, pues he llegado hace poco tiempo de Corinto, donde dirijo una comunidad cristiana. Quedamos, pues, en que tú encontrarás á Glauco entre los hermanos y en seguida lo matarás. Después de esto, te serán perdonados todos tus pecados. Y ahora... ¡la paz sea contigo!

— ¡Oh! Padre...

— Te escucho, siervo del Cordero...

En el rostro de Urbano se dibujó una expresión de duda y de temor.



Urbano se levantó, como movido por un resorte, y exclamó: «¡Yo, padre!»

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

Hacia algún tiempo, había matado á un hombre, no por interés, ¡Dios lo sabía!, sino en propia defensa. Pero, aun en este caso, la religión prohibía matar. El mismo obispo le había concedido el apoyo de otros hermanos, con la condición de que no se derramase sangre. Todo había sucedido involuntariamente, pero el Señor le había dotado de excesiva fuerza. Los otros, mientras trabajaban en el molino, cantaban; él, en cambio, hacía penitencia, confesando su delito y llorando la ofensa inferida al Redentor. ¡Cuánto había llorado y rezado! Y sentía que la expiación no había concluído. Ahora había prometido matar á un traidor, y no había en ello mal alguno, porque los cristianos debían perdonar las ofensas hechas á ellos mismos, pero no las que se inferían al Señor. Sin embargo, Glauco debía ser condenado antes por los presbíteros, por el obispo y por el apóstol. Matar no es difícil, y si se trata de un traidor, causa tanto placer como matar á una fiera. ¿Pero si Glauco fuese inocente? ¿Cómo podía cargar su conciencia con un nuevo delito, con una nueva ofensa al Salvador?

— No queda tiempo para abrir un juicio, hermano mío, dijo Quilón. El traidor saldrá directamente del Ostriano para Anzio, donde se halla César, ó se esconderá tal vez en casa de un patricio á quien sirve. Te daré una contraseña. Si la muestras, después de llevar á cabo tu cometido, el gran apóstol y el obispo te bendecirán.

Sacó una moneda y con un cuchillo que llevaba á la cintura grabó una cruz sobre el metal. Después entregó la moneda al gigante.

— Esta es la condena de Glauco y la contraseña para ti: muerto el traidor, muéstrasela al obispo y te perdonará el delito cometido, á pesar tuyo.

Instintivamente, Urbano tendió la mano para tomar la moneda; pero el recuerdo del delito anterior le detuvo.

— ¡Oh, padre mío!, dijo suplicante; ¿tomarías sobre tu conciencia semejante acción? ¿Estás seguro de la traición de Glauco?

Quilón comprendió que, para alcanzar su objeto, debía enseñar pruebas, citar nombres. De pronto, se le ocurrió una idea felicísima.

— Escúchame, Urbano, le dijo; yo vivo en Corinto, pero ahora vengo de Cos. Allí he instruído en la doctrina cristiana á cierta esclava llamada Eunica, que sirve en la casa de un amigo de Nerón, Petronio. En aquella casa averigüé que Glauco intentaba hacer traición á todos los cristianos y que había prometido además á otro amigo de César, Vinicio, buscar entre los cristianos á una joven por quien aquél se interesaba.

Paróse en firme y miró asombrado al extranjero, cuyos ojos se habían enrojecido de sangre, como los de una fiera, y cuyo semblante denunciaba la ira más terrible.

— ¿Qué hay?, le preguntó Quilón, casi temblando.

— ¡Nada, padre mío! ¡Mañana mataré á Glauco!

El griego calló. Pocos momentos después, cogiendo del brazo al gigante, lo colocó de manera que la luz de la luna se reflejase en su rostro, y sin pestañear, lo miró largo rato. Quilón, sin duda, pensaba en si hubiera sido mejor para él escudriñar más detenidamente los secretos de aquel hombre, ó contentarse con lo que ya sabía y suponía.

Triunfó la prudencia. Lanzó un profundo suspiro, y poniendo con solemnidad su mano sobre la cabeza del operario, le preguntó lentamente:

— ¿El nombre de Urbano te fué impuesto en la sagrada fuente?

— ¡Sí, padre!

— ¡La paz del Señor sea contigo!

XVIII

«PETRONIO Á VINICIO

»El caso es grave, y es muy cierto que Venus te ha llenado de confusión el espíritu, te ha quitado la razón, la memoria y la fuerza de voluntad para pensar en otra cosa que no sea el amor. Repasa tu contestación á mi carta y verás cómo te es indiferente todo lo que no sea Licia; cómo tu pensamiento, preocupado sólo con su imagen, gira alrededor de ella, como el halcón en torno de su presa. ¡Por Pólux! Encuéntrala pronto, de lo contrario corres peligro de convertirte en aquella esfinge egipcia, que, según se refiere, se enamoró de la pálida Isis, mostrándose indiferente y sorda á todo lo demás, y vivía esperando la noche para contemplar, con los ojos petrificados, á su amada. Recorre de noche las calles disfrazado, frecuenta las casas de oración acompañado de tu filósofo: lo que alimenta la esperanza y entretiene el tiempo, siempre está bien. ¡Mas, por amor de nuestra amistad, obra como yo te aconsejo! Ursus, el esclavo de Licia, es un hombre de fuerza extraordinaria. Lleva contigo á Crotón, además del filósofo, y salid los tres: iréis más seguros. Desde el momento en que Licia y Pomponia son cristianas, hay que suponer que los de esa secta no son unos bribones y desalmados, como algunos los pintan; pero si una oveja de su grey se halla en peligro, entonces saben luchar valerosamente, como se ha demostrado en el caso de Licia. Tú, en cuanto la veas, ¡estoy seguro!, no sabrás contenerte y pretenderás llevártela en seguida; pero, ¿cómo lograrás tal intento con Quilón? Crotón, en cambio, te defendería á la joven hasta contra diez Ursus. Procura que Quilón no te desplume, pero no escatimes el dinero á Crotón; de todos mis consejos, éste es el mejor sin duda.

»Aquí nadie habla de la pequeña Augusta y del maleficio operado sobre ella. Popea la nombra de cuando en cuando, pero el espíritu de César anda ocupado en otras cosas, y si es verdad que la divina Augusta se halla en *cierto estado*, el recuerdo de la pobre muerta se desvanecerá muy pronto. Estuvimos algunos días en Nápoles, antes de dirigirnos á Baia. Si no has perdido el juicio por completo, debe llegar á tus oídos un eco de nuestra vida, porque supongo que en Roma no se hablará de otra cosa. En cuanto llegamos á Baia nos asaltaron los recuerdos maternos y los remordimientos. ¿Sabes hasta dónde ha llegado Nerón? Hasta el punto de servirse del asesinato de su madre como argumento para sus poesías y escenas tragicómicas. Su naturaleza cobarde le hizo sentir remordimientos una vez; ahora, desde que se persuadió de que la tierra no tiembla bajo sus pies y de que ningún dios piensa en la venganza, finge angustias y dolores para conmover á los demás. Alguna vez, por la noche, le ataca el delirio de que le persiguen las furias, nos despierta á todos, nos mira, y asume la actitud de un comediante, pero de un comediante miserable, en el papel de Orestes; declama versos griegos y observa atenta-